

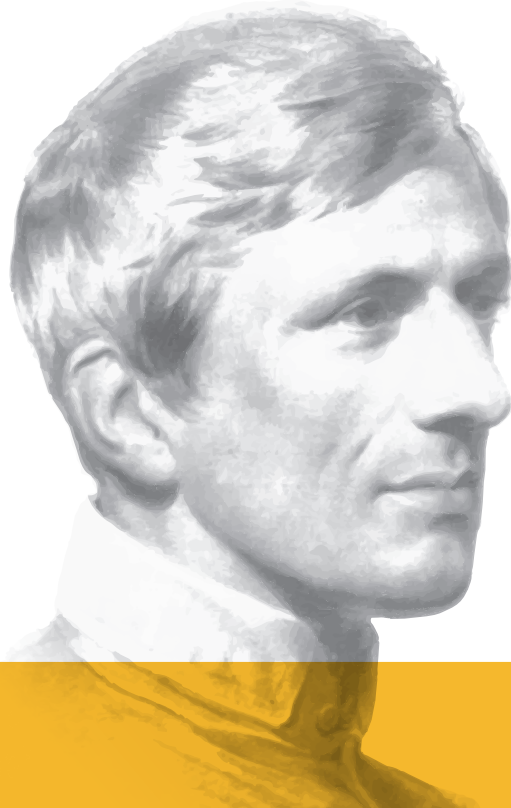


JOHN HENRY
NEWMAN



SERMONES
PARROQUIALES
- 1 -

Parochial and Plain Sermons



Sermones parroquiales / 1



100XUNO



Retrato de John Henry Newman pintado por Sir William Charles Ross en el año de su conversión, 1845.

John Henry Newman

Sermones parroquiales / 1

Traducción de Víctor García Ruiz

con la colaboración de José Morales y Luis Galván

Introducción de Víctor García Ruiz

Título en idioma original: *Parochial and Plain Sermons*

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2025
© de la Introducción: Víctor García Ruiz
© de la traducción: Víctor García Ruiz con la
colaboración de José Morales y Luis Galván
Nueva edición corregida



Universidad
Pontificia
de Salamanca

Este libro se ha editado gracias a la colaboración de la «Cátedra San John Henry Newman», de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, patrocinada por el Real Colegio Inglés (Valladolid) y el Real Colegio Escocés (Salamanca). La Cátedra tiene como objetivo favorecer el estudio de la figura y los escritos de su titular.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 160

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-277-6

ISBN de colección: 978-84-1339-285-1

Depósito Legal: M-10985-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	
LA VOZ DE UN MAESTRO CRISTIANO.....	13
Tabla de abreviaturas.....	29
SERMONES PARROQUIALES / 1.....	33
Prefacio de W. J. Copeland.....	35
Sermón 1	
LA SANTIDAD, NECESARIA PARA LA FELICIDAD ETERNA.....	39
[n. 153 6 de agosto? de 1826?]	
« <i>La santidad, sin la cual nadie puede ver a Dios</i> » (Hb 12,14)	
Sermón 2	
LA INMORTALIDAD DEL ALMA.....	51
[n. 346 24 de febrero de 1833]	
« <i>Porque, ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?</i> » (Mt 16,26)	
Sermón 3	
CONOCIMIENTO DE LA VOLUNTAD DE DIOS SIN OBEDIENCIA 61	
[n. 340 19 de agosto de 1832]	
« <i>Si comprendéis esto y lo hacéis, seréis bienaventurados</i> » (Jn 13,17)	
Sermón 4	
FALTAS OCULTAS.....	73
[n. 83 12 de junio de 1825]	
« <i>Las inadvertencias, ¿quién las puede discernir? De las faltas ocultas, absuélveme</i> » (Sal 19,13)	

Sermón 5	
LA ABNEGACIÓN ES LA PRUEBA DE LA SINCERIDAD EN RELIGIÓN	85
[n. 349 22 de diciembre de 1833]	
« <i>Ya es hora de que despertéis del sueño</i> » (Rm 13,11)	
Sermón 6	
SER PERSONAS DE ESPÍRITU	97
[n. 324 25 de diciembre de 1831]	
« <i>Que no consiste el Reino de Dios en hablar sino en hacer</i> » (1 Cor 4,20)	
Sermón 7	
PECADOS DE IGNORANCIA Y DEBILIDAD.....	107
[n. 342 14 de octubre de 1832]	
« <i>Acerquémonos con un corazón sincero y una fe plena, después de purificar nuestros corazones de una mala conciencia y de lavar nuestro cuerpo con agua pura</i> » (Hb 10,22)	
Sermón 8	
LOS MANDAMIENTOS DE DIOS NO SON COSTOSOS	119
[n. 301 5 de junio de 1831]	
« <i>Porque el amor de Dios consiste precisamente en que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son costosos</i> » (1 Jn 5,3)	
Sermón 9	
EL VALOR DE LOS SENTIMIENTOS EN LA VIDA CRISTIANA	131
[n. 305 3 de julio de 1831]	
« <i>El hombre de quien habían salido los demonios le pedía quedarse con Él; pero lo despidió diciendo: ‘Vuelve a tu casa y cuenta las grandes cosas que Dios ha hecho contigo’. Y se marchó proclamando por toda la ciudad lo que Jesús había hecho con él</i> » (Lc 8,38-39)	
Sermón 10	
PROFESAR Y NO PRACTICAR	141
[n. 311 9 de octubre de 1831]	
« <i>Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía</i> » (Lc 12,1)	
Sermón 11	
PROFESIÓN DE FE SIN HIPOCRESÍA.....	153
[n. 313 23 de octubre de 1831]	
« <i>Todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo</i> » (Ga 3,27)	

Sermón 12	
PROFESIÓN SIN OSTENTACIÓN.....	163
[n. 316 6 de noviembre de 1831]	
« <i>Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte</i> » (Mt 5,14)	
Sermón 13	
PROMETER Y NO HACER	173
[n. 315 30 de octubre de 1831]	
« <i>Un hombre tenía dos hijos; dirigiéndose al primero, le mandó: ‘Hijo, vete hoy a trabajar en la viña’. Pero él le contestó: ‘No quiero’. Sin embargo, se arrepintió después y fue. Se dirigió entonces al segundo y le dijo lo mismo. Este le respondió: ‘Voy, señor’; pero no fue</i> » (Mt 21,28-30)	
Sermón 14	
LAS EMOCIONES RELIGIOSAS.....	183
[n. 292 27 de marzo de 1831]	
« <i>Pero él insistió: ‘Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré’</i> » (Mc 14,31)	
Sermón 15	
LA FE RELIGIOSA ES RACIONAL.....	193
[n. 196 24 de mayo de 1829]	
« <i>Ante la promesa de Dios no titubeé con incredulidad, sino que fue fortalecido por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que Él es poderoso para cumplir lo que había prometido</i> » (Rm 4,20-21)	
Sermón 16	
LOS MISTERIOS CRISTIANOS	203
[n. 199 14 de junio de 1829]	
« <i>¿Y eso cómo puede ser?</i> » (Jn 3,9)	
Sermón 17	
EL QUE SE TIENE POR SABIO.....	213
[n. 264 24 de octubre de 1830]	
« <i>Nadie se engañe: si alguno de vosotros se tiene por sabio según el mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Pues la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios. Porque está escrito: Él atrapa a los sabios en su astucia</i> » (1 Cor 3,18-19)	

Sermón 18	
LA OBEDIENCIA ES EL REMEDIO PARA LA PERPLEJIDAD RELIGIOSA.....	223
[n. 268 14 de noviembre de 1830]	
<i>«Espera en el Señor, guarda su camino, y te exaltará para que heredes la tierra» (Sal 37,34)</i>	
Sermón 19	
TIEMPOS PARA LA ORACIÓN A SOLAS.....	235
[n. 221 20 de diciembre de 1829]	
<i>«Tú, cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará» (Mt 6,6)</i>	
Sermón 20	
SOBRE LA ORACIÓN DEL CRISTIANO Y SUS FÓRMULAS.....	245
[n. 221 20 de diciembre de 1829]	
<i>«Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11,1)</i>	
Sermón 21	
LA RESURRECCIÓN DEL CUERPO.....	257
[n. 336 22 de abril de 1832]	
<i>«Que los muertos resucitarán lo mostró Moisés en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob. Pero no es Dios de muertos, sino de vivos; todos viven para Él» (Lc 20,37-38)</i>	
Sermón 22	
TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN.....	267
[n. 294 17 o 24 de abril de 1831]	
<i>«Pero Dios le resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con Él después que resucitó de entre los muertos» (Hch 10,40-41)</i>	
Sermón 23	
LA REVERENCIA CRISTIANA.....	277
[n. 295 8 de mayo de 1831]	
<i>«Servid al Señor con temor, y aclamadle con temblor» (Sal 2,11)</i>	

Sermón 24	
LA RELIGIÓN DE ESTOS TIEMPOS.....	287
[n. 341 26 de agosto de 1832]	
<i>«Mantengamos la gracia y a través de ella ofrezcamos a Dios un culto que le sea grato, con reverencia y temor, porque nuestro Dios es fuego devorador» (Hb 12,28-29)</i>	
Sermón 25	
LA ESCRITURA, MEMORIAL DEL DOLOR HUMANO.....	301
[n. 306 17 de julio de 1831]	
<i>«Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos, bajo los que yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos, que aguardaban el movimiento del agua» (Jn 5,2-3)</i>	
Sermón 26	
LA MADUREZ CRISTIANA	311
[n. 298 15 de mayo de 1831]	
<i>«Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, razonaba como niño. Cuando he llegado a ser hombre, me he desprendido de las cosas de niño» (1 Cor 13,11)</i>	

*Para Pedro y para Blanca,
y para toda su querida tropa
que no hace más que crecer*

INTRODUCCIÓN

LA VOZ DE UN MAESTRO CRISTIANO

¿Qué sentido tiene traducir y publicar en 2007 unos sermones predicados por un pastor anglicano, más bien severo, a un variado público de menestrales y estudiantes de Oxford entre 1825 y 1833? Buena pregunta. Tengo la suerte de que, para los primeros 120 años, ya fue contestada por Muriel Spark, la muy notable novelista británica fallecida en abril de 2006, a los 88 años. «Estoy segura de que nada han perdido en los ciento veinte años que han pasado; más bien han ganado. Porque si algo se puede decir de los escritos de Newman es que tienen una *voz* (...) una voz que nunca falla, radioactiva desde la página, por muy mohoso que esté el libro» (v). Poco antes de escribir estas palabras en 1964, Spark había publicado, primero en la revista *New Yorker*, luego como libro en Macmillan, la que es probablemente su novela más famosa e interesante, *The Prime of Miss Jean Brodie*. Se hizo una versión teatral, otra cinematográfica (con Óscar a la mejor actriz en 1969 para la protagonista Maggie Smith) y hasta una serie de televisión poco afortunada en los 70. Diversos críticos se ocuparon de la novela y uno de ellos, el novelista popular y ubicuo profesor de Teoría literaria David Lodge, que la había leído y despreciado precipitadamente, cantó su palinodia años después para reconocer la complejidad de esta aparente novela de intriga e ironía. A mí me parece, sencillamente, una novela católica muy original y muy entretenida, que Muriel Spark escribió en la misma época en

que componía el prefacio a una selección de sermones de John Henry Newman, que es de donde procede la cita.

Spark es una escritora fácil de leer pero difícil de juzgar. Resulta desconcertante porque se diría que es «poca cosa», y luego uno descubre que es mucho más original, articulada y sutil de lo que parece, e igual de divertida. Carece de énfasis y rebosa un ingenio y un humor más bien malévolos. Sus *Stories* son excelentes y, sin ir más lejos, una de ellas, «The Black Madonna», es una ilustración casi cruel de ideas newmanianas sobre la Providencia y los riesgos de la fe y la oración, que campean por distintos pasajes de los *Parochial and Plain Sermons*. Racismo, esnobismo y un catolicismo tan robusto como cortical se combinan de manera inesperada en la historia de Lou y Raymond. Cuando Lou decide pedir un hijo a la milagrosa imagen negra de la Virgen que han puesto en la parroquia, su marido Raymond le advierte: «Tienes que tener cuidado con lo que pides al rezar; no debes tentar a la Providencia» (44). Lo que le sucede a Lou, crecida en el área portuaria de Liverpool, que dedica una secreta condescendencia a su desastrosa hermana, viuda con ocho hijos, y a dos muchachos jamaicanos de color que trabajan con el marido, hay que leerlo en directo. Lo que sí puedo descubrir es que la Providencia responde a las oraciones de Lou, aunque no exactamente en la forma que ella esperaba. Uno se acuerda de Flannery O'Connor y sus no menos sorprendentes relatos, donde el papel de Dios es tan insondable como evidente.

Durante los años 50 los tomos de *Parochial and Plain Sermons* fueron la lectura de cabecera de Muriel Spark. De la frecuentación de esos ocho volúmenes surgió una novelista con una deuda personal y literaria hacia Newman: «me hice católica leyendo a Newman. Ni los mártires de la Cristiandad con su cabeza cortada, ni las monjas en éxtasis por toda Europa, ni las cinco vías de santo Tomás ni los folletos de mis amigos católicos daban las respuestas que daba Newman» (ix). Lo importante para Spark es «la voz», el lenguaje radioactivo; en cuanto a lo literario, el modo newmaniano de razonar es tan puro

y tan simple que resulta formalmente revolucionario. No persigue demostraciones exhaustivas o argumentaciones racionales, sino que va como empujando al oyente y nunca sabe uno por dónde le va a salir el predicador. En vida, tuvo Newman cierta fama de encantador de serpientes y algunos miraban ese magnetismo con recelo y sospecha. Pero su único secreto consistía en la sencillez de pensamiento y de expresión; una sencillez peligrosa para el oyente porque llevaba aparejada la radicalidad del Evangelio. «He was as sincere as light», sincero como la luz, resume Spark (v). Un testigo, bastante hostil a los tractarianos, James Anthony Froude, escribió: «Yo acudía a su iglesia y le oía predicar un domingo y otro; se supone que era insidioso, que encaminaba a sus discípulos hacia conclusiones a las que él quería llevarles pero manteniendo cuidadosamente ocultas sus intenciones. Al contrario: era la persona más transparente del mundo. Nos decía lo que él creía la Verdad. No sabía a dónde le iba a llevar». Los testimonios acerca de la predicación de Newman en Saint Mary's coinciden en un toque, algo extático, de romanticismo y de leyenda; como este de Matthew Arnold:

«Hace cuarenta años (...) predicaba en el púlpito de Santa María todos los domingos, parecía a punto de renovar lo que para nosotros era la institución más nacional y más natural del mundo, la Iglesia de Inglaterra. Nadie era capaz de resistir la fascinación de aquella figura espiritual, que avanzaba como en volandas, en la penumbra de la tarde, por la nave de Santa María, ascendía al púlpito, y con la más sugestiva de las voces, rompía el silencio con palabras y pensamientos que eran música religiosa, sutil, dulce y severa».

Este otro, además de la voz, destaca las pausas, que llegaban a ser embarazosas:

«Los ojos estaban llenos de vida, la voz era fuerte y a la vez melodiosa. Era sobre el púlpito una figura frágil y ligera, como alguien surgido de otro mundo. El sermón comenzaba en tono sereno y medido. Enfervorizado gradualmente sobre el tema, el predicador elevaba ligeramente la

voz y toda su alma parecía encenderse de conmoción y vigor espiritual. A veces, en medio de los pasajes más vibrantes y sin disminuir la voz, hacía una pausa, sólo un instante que se antojaba largo, y después, luego de haber recobrado fuerza y gravedad, pronunciaba palabras que sacudían el alma de los oyentes».

Los *Parochial and Plain Sermons* fueron predicados en el contexto de un cristianismo muy visible pero inauténtico y formalista; en suma, poco cristiano. Ya entonces aparecieron los primeros brotes de una abierta irreligiosidad, socialmente marginal; pero el punto flaco al que Newman se dirige no es el abierto desafío a la fe, sino lo que podríamos llamar la religión «de la tierra» y no del cielo. En la primera mitad del XIX Inglaterra asistió a un verdadero renacimiento evangélico que, aparte de dar tema para novelistas como George Eliot, terminó por instaurar una sutil confusión entre Cristianismo y culto de los valores sólidos, la respetabilidad, la decencia, el orden, la honradez, las buenas maneras, el lenguaje un poquito repulido y bien pronunciado, la puntualidad, la corbata, los colores oscuros, el jardín como Dios manda, la vajilla para el té, el horror a las bebidas alcohólicas —plaga de los pobres, a quienes bueno será *no* dar un céntimo, se lo tienen merecido. Aunque suene a *boutade*, los *Parochial and Plain Sermons* comparten bastante del famoso sarcasmo de *El asesinato como una de las bellas artes* (1827): «Si uno comienza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del Día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente». Claro que los motivos para esa actitud combativa por parte del autor del sarcasmo, el opiómano Thomas de Quincey, y por parte de Newman son bien distintos. Los de Newman se parecen algo más al humor ácido de Muriel Spark cuando esta se ríe de quienes claman por recuperar los «valores» morales del cristianismo y en realidad lo que quieren es menos diversiones, que los jóvenes trabajen duro, que nos limpien bien las calles, que haya orden. Piensan que Dios lo que quiere es que la gente vaya a Misa y no cometa adulterio; pero, como

apunta Spark (vii) «a Dios no lo educaron en Rugby». Es decir, que toda esa actitud censoria no era más que una antipática combinación de puritanismo y espíritu burgués, donde un refinado egoísmo había desplazado a la verdadera caridad.

Mientras Newman predicaba estas homilías, las escuelas en Inglaterra eran un perfecto desastre desde casi todos los puntos de vista, tanto moral, como religioso, como de instrucción. El cambio comenzó lentamente en 1828, cuando el reformador de la educación Thomas Arnold (1795-1842) fue nombrado *master* de una oscura *school* llamada Rugby, de donde salió el ideal del *gentleman*, que pronto imitaron los demás internados victorianos o *public schools*; y de ellos sacó Pierre de Fredi, barón de Coubertin (1863-1937), el caballeresco espíritu del *amateur* para la Olimpiada de Atenas en 1896, y sucesivas. De Newman suele citarse su famosa definición, contenida en *The Idea of a University* (1852-1873; discurso 8, punto 10): «It is almost a definition of a gentleman to say he is one who never inflicts pain», alguien que nunca causa dolor a los demás. Pero si se lee un poco más abajo se ve que, en realidad, Newman está haciendo la crítica de un ideal educativo bello pero incompleto porque no empuja a la persona más allá, a ser un cristiano, un santo. Se queda en esa cosa rara que algunos llamaron «cristianismo muscular».

Esa veta de rebeldía cristiana está ya, décadas antes, en los *Parochial and Plain Sermons*. Newman dice: la honradez, el deber (hasta el *cricket*), están muy bien pero, en sí, lo mismo que el *gentleman*, no tienen nada de cristiano porque no tienen nada de *sobrenatural*. Habéis hecho una religión, sí, pero de la tierra. Y adonde yo quiero llevaros es a lo sobrenatural, al cielo. Quién sabe si esas personas de tan altos principios, después de todo, no estarán más bien en el lado del mal, dando una falsa versión del ser cristiano. Lo que ocurre en cada alma es un secreto que sólo Dios conoce. Ahí se dirige toda la predicación newmaniana que, en realidad, se reduce a un tema único: el amor a Dios, ese *otro* ser al que Newman se volvió definitivamente tras una radical experiencia de conversión en la adolescencia. En un

pasaje de la *Apologia pro Vita Sua* recuerda que, desde entonces y ya para siempre, empezó a «descansar en el pensamiento de dos y sólo dos seres absoluta y luminosamente autoevidentes: yo y mi Creador» (32). Su objetivo último es conducir a sus oyentes a esa misma experiencia.

En cuanto al método, podría resumirse en llevar al oyente desde el conocimiento *nocional* al conocimiento *real*. Se verá que Newman recurre, de formas diversas, a la contraposición entre decir y hacer, entre lo irreal de las palabras y lo real de los hechos, de los actos de obediencia. También las palabras pueden ser *hechos* cuando son *de verdad*, pero lo que ocurre es que los hombres proferimos palabras irreales: «we are not *in earnest*» —expresión esquiva para el traductor. El método, pues, no es racional y abstracto, sino personal y concreto. No pretende atar todos los cabos, sino desplegar una lógica del convencimiento y no de las pruebas. Hacer visible lo invisible. Y el que se convence es el entero individuo, no sólo su razón. Si el corazón se abre a la verdad del Evangelio, la vida entera de esa persona va detrás y se compromete con un conocimiento que abarca su ser entero. Ser cristiano es una manera de vivir, comprometida y muy concreta, no un abstracto programa de vida. Esta idea del conocimiento *real* anticipa mucho de lo que escribirá en un libro muy apreciado por filósofos, aunque un tanto árido, la *Grammar of Assent* (1870). La cuestión, pues, dicho más llanamente, es *caer en la cuenta*, con todas sus consecuencias. *To realize*. Por eso Vincent Blehl, con gran tino, dio a su selección de sermones newmanianos el título de *Realizations*.

Newman siempre parte de una sola idea, un texto de la Escritura, al que va dando vueltas, profundizando, y llevando al oyente-lector a una implicación personal que no admite escapatoria, entre otras cosas, por el realismo y la agudeza psicológica con que se plantea. Es verdad: no sabe uno por dónde va a salir, pero suele acertar. *Eso* que dice Newman nos pasa. La primera impresión, de severidad, da paso en el lector a la ternura porque advierte que, en realidad, Newman no está

acusando a nadie; está hablando de sí mismo, de sus propias luchas interiores. Sus diarios están llenos de anotaciones que uno reconoce con placer en la incisiva prosa de estos sermones. En los *Parochial* ocurre como en *Camino* de san Josemaría Escrivá: el tono severo, cortante y un tanto acusatorio del «tú» sorprende, hasta que uno cae en la cuenta de que es autobiografía, que «tú» es el autor; y entonces resulta doblemente edificante y enternecedor, como en el caso del ayuno —ver nota al pie en el sermón 10, que no pude resistirme a incluir—. La innegable severidad se torna otra cosa: autoexigencia.

Newman fue un hombre que oraba, que era sumamente austero, con una experiencia creciente de lo que pasa en el alma, muy práctico y realista. Lo llamativo es la fidelidad con que se dejó llevar por el Espíritu —«Lead, kindly light» dice su poema de 1833—, ya que todo eso no era corriente en la tradición anglicana. Sus ayunos y privaciones, de los que da cuenta en su diario, los tomaban sus amigos por extravagancias románticas, los enemigos por insidioso papismo. Alguna vez anota que renuncia a los guantes en invierno, con lo que, además de pasar frío, se expone a que le reprochen una incorrección social. Más decisiva aún, su decisión de permanecer célibe iba tan directamente en contra de la tradición anglicana que, durante los años de 1930, los florecientes críticos freudianos descubrieron, sin género de duda, la clave: Newman y los demás tractarianos, tan idealistas, tan célibes y tan británicos de clase alta, eran homosexuales, aunque no lo sabían. Por eso su homosexualidad quedó inactiva —los críticos freudianos son asaz sagaces.

Es llamativo que Newman desarrollara esa piedad personal y ese ascetismo tan profundos, pero no es milagroso: sale de la Biblia y de los Padres, que son sus dos grandes fuentes. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento habían sido objeto de estudio y de meditación. Newman pasó muchas horas en un corredor que unía directamente sus habitaciones en Oriel College con la parte alta de la capilla; privilegio, supongo, del vicario de Saint Mary's, que Newman supo aprovechar para rezar a solas.

El 19 de octubre de 1823, domingo, consignó en su diario esta anotación: «esta semana y la anterior he estado aprendiendo la Biblia de memoria; acabo de terminar la Epístola a los Efesios». El domingo siguiente, día 26: «La semana pasada he aprendido de memoria los capítulos 12, 25 y 26 de Isaías». No sé hasta dónde llegaría en sus esfuerzos pero se diría que ese amor a la Escritura no es simple erudición ni deseo de impresionar. Nada más lejos del *ethos* newmaniano.

En cuanto a los Padres de la Iglesia, no me consta que Newman rezara sobre ellos pero es bien sabido que los estudió a fondo y que, en las ediciones alemanas disponibles entonces, los leyó completos dos veces. La primera vez, para aprender. Se lo contaba así a su hermana Jemima en carta de 1 de mayo de 1826:

«Estoy pensando en un trabajo que podría llevarme ¡d! ¡i! ¡e! ¡z! ¡años!, quizá veinte...

¿De qué se trata? Pues de perseguir las fuentes, los orígenes de donde han salido las corrupciones de la Iglesia, en especial la Romanista. Lo cual requeriría leer todos los Padres: por lo menos 200 volúmenes (tú viste algunos macizos «caballeros» en la biblioteca de Oriel). Agustín 12 volúmenes en folio, Crisóstomo 13 ídem, todo lo que haya sobre los platonicos más importantes, Filón, Plotino, Juliano, etcétera; mirar el gnosticismo; literatura rabínica; y no sé qué más, quizá más, mucho más... Tendrá sentido si logro dedicar mi cabeza, mi estudio y mis esfuerzos a la causa de la verdad y a la gloria de Dios» (*Suyo con afecto* 54).

Por si fuera poco, añade: «Se me ha pasado por la cabeza, pero sólo pasado, empezar con el hebreo este verano, pero no lo he decidido aún». De este esfuerzo salió *Los arrianos del siglo IV* (1833). Años más tarde, al darse cuenta de que había leído a los Padres con el prejuicio de los protestantes, decidió hacer una segunda lectura, mucho más dolorosa para él, porque le llevó a descubrir que su teoría de la Iglesia anglicana como la *Via Media*, se asentaba en una lógica de papel. Nunca existió tal cosa. El pasaje clave está en la *Apologia*:

«Mi baluarte era la Antigüedad; y he aquí que, en pleno siglo V, me pareció ver reflejada la Cristiandad de los siglos XVI y XIX. Vi mi rostro en ese espejo: yo era un monofisita. La Iglesia de la *Via Media* ocupaba el lugar de la Comunión Oriental; Roma estaba donde está ahora; y los protestantes eran los eutiquianos. ¡Quién me iba a decir que de todos los pasajes de la historia acabaría recurriendo a las palabras y acciones del viejo Eutiques —aquel *delirus senex*, como creo que le llamó Petavio— y a los disparates de un hombre sin principios como Dióscoro, para convertirme a Roma! (...) como en la cena del rey Baltasar, yo había visto la sombra de una mano en la pared (...) Quien ha visto un fantasma no vuelve a ser nunca el de antes. Los cielos se habían abierto y vuelto a cerrar. Por un momento había tenido la idea de que «después de todo, la Iglesia de Roma es quien tiene razón», para luego desvanecerse» (135-137).

Le había llegado el momento de aplicarse de manera soberana la gran lección de estos sencillos *Sermones*: dar el gran paso a lo *real*.

Los sermones se predicaban en el curso de la liturgia dominical del *Prayer Book* ante un público de estudiantes, tenderos, criados de los *colleges*, y familia. Público poco «importante», ya que el de campanillas, profesores, señores, señoras..., ya había acudido por la mañana a esa misma iglesia para escuchar el «sermón universitario» bajo la presidencia de las autoridades académicas que llegaban en procesión, con bedeles y maceros; poco *parochial* y nada *plain*. Desde su ordenación como diácono en junio de 1824 Newman subió a un púlpito anglicano unas 1.200 veces a lo largo de 19 años. Resulta cómico que el 15 de agosto de ese mismo 1824 apuntara en su diario: «dos sermones a la semana, esto es agotador... No voy más que en la tercera semana y ya estoy casi seco...». Los fue numerando —con número que he incorporado, entre corchetes, junto a la fecha de predicación—, desde el primero en la iglesia de Saint Clement's hasta el último que predicó como anglicano, en la iglesia de Littlemore, llena de amigos tan emocionados como el predicador. Lo tituló *The parting of friends*, Separarse de los amigos; fue el 25 de septiembre de 1843. Dos semanas antes había renunciado a su puesto como vicario de la iglesia de Santa María. Este postrero hacía el número 602 de sus sermones anglicanos.

Se publicaron 217. Ciento veinte se han perdido, por prestarlos a amigos —¡siempre igual!—; unos 250 permanecían manuscritos y fueron publicados hace unos años. Se entiende que, como media, debió de predicar el mismo sermón un par de veces.

Como era costumbre entonces, los sermones se fueron publicando en seis volúmenes con el título de *Parochial Sermons*, entre 1834 y 1842. A partir del año siguiente y hasta 1848, empezaron a salir, anónimos, los diez volúmenes de *Plain Sermons*, una colección de sermones predicados por distintos colaboradores de los «Tracts for the Times», casi cien folletos, sin firma, en que se exponían las ideas del Movimiento de Oxford. Uno de esos tomos correspondía a sermones predicados por Newman. En 1868, siendo Newman sacerdote católico y superior del Oratorio de Birmingham, permitió que su fiel amigo, el anglicano William Copeland, hiciera una colectánea en ocho tomos que tituló *Parochial and Plain Sermons*. Si el éxito de los *Parochial* a partir de 1834 había dejado fuera del mercado a competidores como, por ejemplo, los *Practical Sermons* del colega, reverendo R.C. Coxe, cura de la elegante iglesia de Saint James en Westminster —o sea, Londres— y antiguo *fellow* de Worcester College, Oxford, a la venta en la librería de Rivingtons, el mismo librero que Newman, parece ser que la acogida en 1868 a los ocho tomos newmanianos de *Parochial and Plain* fue «absolutamente sin precedentes». Al menos es lo que dice la *Dublin Review* (64, abril 1869, p. 309). La venta y las reimpressiones se prolongaron hasta entrado el siglo XX. Junto a la enorme resonancia de la *Apologia* en 1864, el éxito de los *Parochial and Plain Sermons* supuso la recuperación social e intelectual de Newman en la Inglaterra victoriana y entre los muchos amigos que le recordaban con afecto, por no decir nada de los que le habían seguido o precedido en el paso a Roma. Hubiera sido extraño que un converso tan significado como él publicara sus sermones «de cuando era hereje», por decirlo crudamente. Newman se limitó a no oponerse a la iniciativa del fiel Copeland, su antiguo coadjutor en la iglesia de Littlemore desde 1840, que pensaba que podían ayudar a frenar el

declive moral de aquella sociedad. La verdad, no sé qué dirá el lector, pero su prólogo lo encuentro un poco calamitoso y cenizo; casi apocalíptico. Sobre todo al pensar que, en aquella época, los sermones eran ¡*best-sellers!*... Copeland había sido providencial: un encuentro fortuito con él, en junio de 1862, por las calles de Londres, sirvió para que Newman empezara a recuperar a aquellos entrañables amigos a los que había tenido que renunciar tras su conversión. A partir de entonces, y con sumo tacto, pues el hábito clerical o una carta inoportuna podían suponer una ofensa, fue retomando el contacto con John Keble, Edward Pusey, Richard Church y otros con los que toda relación se había cortado bruscamente veinte años atrás. En lo humano esta recuperación fue un consuelo muy importante para Newman.

Los veintiséis «sermones parroquiales y sencillos» que Newman incluyó en este volumen primero que ahora se edita fueron predicados entre 1826 y 1833. Dos de ellos fueron pronunciados en la iglesia de Saint Clement's, su primera iglesia, a las afueras de Oxford, donde solía predicar dos veces los domingos en el tono correspondiente al clérigo más bien calvinista que Newman era entonces. Se trata de los sermones «La santidad, necesaria para la felicidad eterna», de 1826, y «Faltas ocultas», de 1825. En marzo de 1828 fue nombrado párroco de Santa María, que era a la vez iglesia de la universidad y parroquia de la ciudad de Oxford. Los otros veinticuatro pertenecen a los años previos al Movimiento de Oxford, para cuyo nacimiento se suele aceptar la fecha señalada por el propio Newman: «El domingo siguiente, catorce de julio, Mr Keble predicó el Sermón de las Audiencias desde el púlpito de la Universidad. Se publicó bajo el título de *Apostasía Nacional*. Siempre he considerado y he tenido ese día como el inicio del Movimiento religioso de 1833» (*Apología* 57)¹.

¹ Las Audiencias (*assizes*) eran sesiones judiciales, presididas en una localidad por un juez itinerante. Se celebraban con gran ceremonia, que incluía un servicio religioso con sermón. Keble fue designado predicador para las *assizes* veraniegas de

Casi la mitad de los sermones fueron predicados en 1831, que es el momento en que Newman alcanza su propio estilo de composición y se desprende de su calvinismo inicial. Cuatro corresponden a 1829 y otros cuatro a 1832. Corresponden, pues, a un momento intelectual y espiritual en que el autor ya es, sustancialmente, el Newman trarctariano que acabará desembocando de forma progresiva en la Iglesia Católica. Es el Newman que tiene un alto sentido de la dignidad de su oficio de pastor de almas y de la subordinación del sermón a la reunión del pueblo en torno a la parca liturgia del *Prayer Book*. Es el que ha dejado atrás su primitiva creencia en la conversión y ha aceptado la regeneración por medio del Bautismo; el que va situando la presencia real de Cristo en la Eucaristía como misterio supremo en la vida espiritual, el que habla de la divinidad de Cristo Mediador, el que entiende la Iglesia como el Reino de Cristo en la tierra que intercede y salva a los hombres.

En cuanto a los temas concretos, se podría decir, con los editores franceses de las *Éditions du Cerf*, que este primer volumen de *Sermones* tiene un hilo conductor en la apremiante llamada a La Vida Cristiana. El primero lo anuncia con claridad: sin santidad no hay felicidad eterna. El camino se va mostrando con detalle en los siguientes: docilidad a la conciencia, la fe, la lectura de la Escritura, la obediencia a Dios y a la Iglesia, la participación en la liturgia, la oración pública y privada; y, recorriéndolo todo, la sinceridad, la autenticidad, el compromiso con la *realidad* de Dios, el «ir en serio» hacia la «santidad, sin la cual nadie puede ver a Dios» (Hb 12, 14), con cabeza, corazón, conducta y palabras. Hay, a veces, ironía, como en los últimos compases del sermón sobre la obediencia (n. 18). En otros casos destaca una deslumbrante inteligencia cristiana, como en

Oxford en 1833 y predicó su famoso sermón en medio de la tensión provocada por el *Bill* de reforma de la Iglesia anglicana de Irlanda; defendía el carácter sobrenatural de la Iglesia desde Cristo y sus Apóstoles y condenaba la supresión de las sedes irlandesas decretada por el Parlamento.

el dedicado a la Resurrección (n. 22) —sermón nada populista, por cierto—, cuando nos convence de algo sorprendente: lo mejor fue que Cristo resucitado *no* se mostrara a la gente. La imaginación romántica de Newman asoma en esas visiones apocalípticas de los santos que resucitan y pueblan los países cristianos donde fueron enterrados (La resurrección del cuerpo, n. 21). Sutil, e incluso ultrasutil como se le critica en ocasiones, Newman no deja de ser, a la vez, sumamente práctico, como cuando nos hace ver por qué es precisa la oración en momentos fijos (n. 19): «Si consideramos la religión como un asunto que se extiende por igual a todas las horas del día, no se extenderá a ninguna» (p. 239). Otro de los atractivos de estos sermones, a mi juicio, consiste en su dimensión ecuménica, en cuanto que ponen al lector católico en contacto con una tradición protestante de piedad y religiosidad genuinas con las que no suele estar familiarizado.

No he olvidado, del todo, que me queda por justificar la actualidad de estos *Sermones* de Newman en los últimos cincuenta años. Pero después de lo dicho, me parece que no hace falta. Por otro lado, mi omisión disminuye de tamaño ante el titular a seis columnas que publicaba el *Times* de Londres el 19 de octubre de 2005 (p. 35). Sobre una amplia reproducción del retrato de Newman vestido de cardenal que hizo John Everett Millais, se lee: «El hombre que podría ser el primer santo inglés desde la Reforma». Ojalá sea pronto.

Nota sobre la traducción. Hay que reconocer que la palabra «sermón» tiene en castellano tintes más bien repelentes. Evoca un sujeto antipático y cejijunto que nos riñe desde una autoridad que no tenemos más remedio que reconocerle. Por eso he procurado evitarla, en lo posible. Si toda traducción implica un trasvase cultural más que puramente lingüístico, en este caso habría que tener en cuenta que la lengua de partida es un lenguaje religioso con casi doscientos años de antigüedad, perteneciente además a la tradición cristiana anglicana; y la de llegada es otro lenguaje religioso, el de hoy, propio de

una tradición cristiana católica. Palabras como *obedience* (¿buenas obras?), *religious* (¿piadoso?) o *service* (ir a la iglesia... ¿a Misa?) presentan problemas que no siempre admiten una misma solución. El lenguaje resulta a veces algo tremendista al referirse al pecado o la condenación, y se ha suavizado, sin traicionar el texto, espero; otras veces, el problema ha sido la caza de *le mot juste*, pero eso son gajes del oficio. La sintaxis responde a una arquitectura sencilla y parroquial que trasparenta un discurso hablado, y que no es complicada, aunque sí puede ser un tanto torrencial. Lo que domina son las enumeraciones paratácticas, las tiradas, muchas veces de creciente intensidad, con una puntuación algo rota, llena de conjunciones copulativas y de unos guiones que Newman emplea con funciones variadas, que equivalen unas veces a un punto y aparte, otras a un punto y coma, o una coma. De seguro su famosa *voz* sabría entonar esas cláusulas como es debido. El efecto en la lectura privada quizá resulte extrañamente torpe pero pretende conservar suavemente esos rasgos de oralidad, sin mellarlos en exceso.

En cuanto a los textos de la Escritura he tomado una decisión discutible, que ha consistido en sustituir los textos de la Biblia anglicana que Newman empleaba (la *King James Version* o *Authorised Version* de 1611, supongo) por la reciente versión española de la Biblia publicada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. El motivo ha tenido que ver tanto con la actualidad del texto sagrado como con el objetivo último de esta traducción de los *Parochial and Plain Sermons*, que ha sido ofrecer a los cristianos de hoy la voz singular de un maestro de ayer y siempre, más que un texto de erudición. No obstante, las contadas ocasiones en que el texto bíblico en inglés me ha parecido de algún relieve dado el contexto en que lo emplea Newman, lo he conservado sin advertirlo. Las abreviaturas corresponden también a la Biblia de Navarra.

Agradezco a don José Morales y a Luis Galván su colaboración, tan liberal, que ha consistido en la traducción de algunos sermones,

que yo he revisado posteriormente para igualarlos en cuanto a lengua y estilo. El primero se encargó de los sermones 1, 2, 3 y 21; el segundo de los 24, 25 y 26. Por último, aludiré y agradeceré su rara paciencia a ciertos amigos proverbiales que accedieron a leer versiones tempranas de los veintiséis sermones contenidos en este tomo primero al que, si Dios quiere, seguirán los otros siete.

OBRAS CITADAS

- Spark, Muriel. «Foreword». *Realizations: Newman's selection of his parochial and plain sermons*. Ed. Vincent Ferrer Blehl., Darton, Longman & Todd, London 1964, v-ix.
- Spark, Muriel. «The Black Madonna». *The Stories of Muriel Spark*, Dutton, New York 1985, 34-51.
- Newman, John Henry. *Apologia pro Vita Sua: historia de mis ideas religiosas*. Traducción e introducción Víctor García Ruiz y José Morales, Encuentro, Madrid 1996.
- Newman, John Henry. *The idea of a university*. Ed. M.J. Svaglic, Notre Dame University Press, Notre Dame 1982.
- Newman, John Henry. *Suyo con afecto: autobiografía epistolar*. Ed. Víctor García Ruiz, Ediciones Encuentro, Madrid 2002.
- Sagrada Biblia*. Traducida y anotada por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, 5 vols., Eunsa, Pamplona 1997.

Víctor García Ruiz
Oxford, verano de 2006

TABLA DE ABREVIATURAS

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Cor	Primera Carta a los Corintios
2 Cor	Segunda Carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro 1 de las Crónicas
2 Cro	Libro 2 de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc

Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según san Juan
1 Jn	Primera Carta de san Juan
2 Jn	Segunda Carta de san Juan
3 Jn	Tercera Carta de san Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de san Judas
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Libro de las Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro Primero de los Macabeos
2 M	Libro Segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera Carta de san Pedro
2 P	Segunda Carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Libro de Qohélet (Eclesiastés)
1 R	Libro Primero de los Reyes

2 R	Libro Segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro Primero de Samuel
2 S	Libro Segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Libro de Ben Sirac (Eclesiástico)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera Carta a Timoteo
2 Tm	Segunda Carta a Timoteo
1 Ts	Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt	Tito
Za	Zacarías

SERMONES PARROQUIALES / 1

(*PAROCHIAL AND PLAIN SERMONS*)

por John Henry Newman, B. D.

vicario que fue de la iglesia de Santa María, en Oxford

en ocho volúmenes

volumen I

reimpresión

Longmans, Green y compañía

39 Paternoster row, Londres

Nueva York, Bombay y Calcuta

1907

Al reverendo E. B. Pusey, B. D.,
canónigo de la Iglesia de Christ Church,
y profesor «regius» de hebreo en la
Universidad de Oxford
se dedica
este volumen
en afectuoso reconocimiento
por la bendición
de su dilatada amistad y ejemplo.
1 de marzo de 1834

PREFACIO DE W. J. COPELAND¹

Los sermones que ahora se reeditan fueron escritos y publicados en distintos períodos entre los años 1825 y 1843.

Los primeros seis volúmenes son reimpresión de los seis volúmenes de *Parochial and Plain Sermons*; el séptimo y octavo formaron el quinto volumen de los *Plain Sermons, por colaboradores de los «Folletos de Actualidad»* [*Tracts for the Times*], que fue la contribución del autor a esta serie.

Todos los sermones son reimpresión de las últimas ediciones de los varios volúmenes publicados en distintos momentos por la casa Rivington. En su día, gracias en parte a su publicación pero más aún, seguramente, por su efecto vivo sobre los que los escucharon, hicieron

¹ B.D. significa 'Bachelor of Divinity', licenciado en Teología. William John Copeland (1804-85) fue Fellow de Trinity College, Oxford, y coadjutor de Newman en Littlemore desde 1840. Gracias a un encuentro fortuito en junio de 1862, reanudó sus relaciones con Newman, y fue el instrumento para reconectar con los viejos y queridos amigos anglicanos, Keble, Pusey, Church. Reeditó los sermones anglicanos de Newman en 1868. Los *Tracts for the Times* fueron el órgano oficioso del Movimiento de Oxford, noventa entregas en que se tomaba postura sobre diversos aspectos teológicos intentando recuperar lo Católico (no lo Romano) del decadente Anglicanismo: sucesión apostólica, sacramentos, piedad personal, misión espiritual, independencia de la Iglesia respecto al Estado. Se propagaban en forma de hojas volanderas, sistema muy usado por los evangélicos, y aparecían sin firma. Newman escribió o editó un tercio de ellos. El primer Tracto se publicó en septiembre de 1833. El número 90, último publicado, apareció en enero de 1841 y precipitó la crisis interior que llevó a Newman al catolicismo cuatro años más tarde. Los primeros 46 Tractos se reunieron en un volumen que se publicó a finales de 1834. Los restantes se coleccionaron en otros cuatro volúmenes.

una honda y prolongada impresión para el bien de la Comunión en cuyo beneficio fueron concebidos; ejercieron una amplia influencia que llegó mucho más allá de ella. Su reedición despertará en muchos espíritus vivos y agradables recuerdos de aquella su primera aparición.

En su momento afrontaron muy reales y hondas necesidades, morales, intelectuales y espirituales, del hombre; querían dar profundidad y precisión y amplitud a su fe y a su acceso a los misterios de Dios, seriedad y exactitud al estudio y conocimiento de sí mismo y de su naturaleza, con sus múltiples poderes, capacidades y responsabilidades, y de toda su apertura a lo sobrenatural y lo invisible. Encontraron respuesta en el corazón, el alma y la conciencia de aquellos a quienes iban dirigidos, en maravillosa correspondencia con el afectuoso y vibrante celo con que su autor apelaba al sentimiento consciente o inconsciente de sus necesidades, y a su empeño enérgico e infatigable para, con la gracia de Dios, mostrar desde distintos puntos de vista cómo las grandes verdades esenciales del mensaje cristiano, confiadas a la Iglesia a modo de depósito, les fueron reveladas y entregadas.

Por la misma prontitud de su primera recepción y por la gradual incorporación a la corriente del pensamiento religioso, muchas cosas contenidas en estos volúmenes han llegado a ser tan familiares que es precisa cierta reconstrucción del contexto previo a la predicación de estos sermones para apreciar la frescura y originalidad con que hicieron brotar los puntos fundamentales de la fe cristiana y su alcance en la formación de una personalidad cristiana; y también para entender el grado en que han actuado, como la levadura, en el espíritu, la lengua y la literatura de la Iglesia en Inglaterra, y cómo han llegado a marcar toda una era en su historia.

Además de su relación con el pasado, esta reedición permitirá ver cómo el espíritu que los dictó perfora aquí y allá la nube que se cierne sobre el futuro y cómo el autor nos advierte, con algo de anuncio profético, de pruebas y conflictos inminentes, de perplejidades y peligros que entonces sólo se advertían tenuemente o se desatendían, y cuya

aproximación ha sido reservado a la presente generación presenciar. Se diría que su llamada ha servido a la vez para alertarnos de esos peligros y para proporcionarnos palabras de guía y apoyo, consuelo y ánimo —un ancla para el alma en la tormenta que se avecina.

Se reeditan con la fe y esperanza fervorosas de que el mismo bien que, por la gracia de Dios, hicieron en otro tiempo lo hagan, por su bondad, de nuevo en otras circunstancias, si no somos demasiado indignos de ello.

Para muchos de la presente generación estos sermones aparecerán en su plena frescura original; y para todos resultarán llenos de fuerza y verdad, dado el triste aspecto de nuestros tiempos, y el espantoso aspecto de lo que se nos viene encima. Repletos como están de «los muchos secretos de la religión que no se perciben hasta que se sienten, y no se sienten hasta el día de la gran calamidad».

Para terminar, es justo observar, aunque apenas hace falta, que la reedición de estos *Sermones* a cargo de este Editor no debe considerarse como equivalente a una reafirmación por parte del autor de todo lo que contienen, tanto más cuanto que siendo publicados íntegros y sin alteración, excepto algunos detalles insignificantes, no pueden encontrarse libres de pasajes que desde luego él ahora hubiera deseado que fueran de otra suerte o, podemos estar seguros, desearía ver alterados y omitidos.

Pero, lisamente, la alternativa era publicar todo o nada, y parece más conveniente para la gloria de Dios y la causa de la religión publicar todo que no hacer inaceptables estos volúmenes a aquellos para quienes fueron escritos, por culpa de ciertas omisiones y alteraciones.

[1868]

Sermones parroquiales / 1

Desde su ordenación como pastor anglicano hasta su muerte como cardenal católico, la figura de Newman no deja de sorprender por la coherencia de su trayectoria. En estos *Sermones parroquiales*, un clásico de la espiritualidad cristiana que ha inspirado a todas las generaciones de cristianos desde su predicación entre 1825 y 1833 hasta hoy, se encuentran ya las semillas de todos los grandes temas que el teólogo inglés desarrollará durante su vida y obra. Desde la cercanía del párroco y no desde la distancia del teólogo, demostrando su enorme conocimiento de la psicología humana, de la Sagrada Escritura y de las tentaciones y pruebas que atraviesan los cristianos en el mundo, nos introduce en los temas centrales del cristianismo y la salvación. El presente volumen es el primero de la serie completa de los *Sermones parroquiales*. Con la fuerza, frescura y la audacia en él habituales, Newman vuelve a desafiar nuestra razón y conmovir nuestro corazón.

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Depósito Legal: M-10985-2026



Universidad
Pontificia
de Salamanca



ISBN: 978-84-1339-277-6



9 788413 392776